

# Marcel Schwob

*o el palimpsesto como instrumento de conocimiento*

Adolfo Castañón

*Escritores como Stevenson, Dickens o Quincey alimentaron la obra esencial de Marcel Schwob. La literatura de este autor francés, fascinante y siempre renovada, alcanza, dice Adolfo Castañón —autor de La belleza es lo esencial, A veces prosa y La campana y el tiempo—, un punto de consistencia y madurez, una documentada vaguedad de la que se beneficiaron escritores como Jorge Luis Borges, J.R. Wilcock, Juan José Arreola y Eliseo Diego.*

*Para José Emilio Pacheco*

Antes de los tres años Marcel Schwob ya sabía leer y expresarse en varios idiomas. A los nueve escribió sobre Julio Verne, en el periódico de su padre. Niño precoz, murió a los treinta y ocho dejando no sólo una obra memorable por su elegante concisión sino legando a la posteridad una idea singular de literatura, que otros después que él continuarían intentando. Me refiero por ejemplo, a Jorge Luis Borges, al de la *Historia universal de infamia*, y más allá a la idea de la literatura que en lo formal anticipa las ideas de Italo Calvino sobre la brevedad, la ligereza, la concisión, la ironía y que en lo moral y substantivo, asume la práctica de una fabulación poética que se alimenta de lo más noble y elevado y de lo más despreciable y vil; De Monnelle a François Villon; una idea singular de literatura singular en que se combinan la fábula, el poema en prosa, el ensayo y el cuento, un nuevo horizonte para la literatura y la ficción. Una idea de literatura donde, como ha reconocido José

Emilio Pacheco, el texto se alimenta de un *palimpsesto* de una serie de textos previos. En esa idea de literatura las fronteras entre historia e imaginación, argumento y documento se esfuman en beneficio de lo que podría llamarse “teología de la diferencia” que hace del detalle significativo la palanca sobre la cual se apoyará la operación bicéfala de la escritura y la lectura. Es una idea de la literatura que lleva hasta sus últimas consecuencias el argumento romántico a favor de lo individual y la contingente transvaloración de la historia. A Marcel Schwob que representa para la prosa lo que Mallarmé para la poesía, le interesan menos *Las flores del mal*, que *la semilla de la maldad*. Todas las obras de Schwob son breves, todas están escritas desde un acicate de la prosa que sabe que la lengua se ha de trabajar siempre como poema. En todas juegan o afloran varios motivos entre los que destaco dos: la peculiar visión de la literatura que Schwob tiene y que, si bien lo lleva a descreer los

grandes relatos mesiánicos y filantrópicos adelantados por la Revolución Francesa, del otro lado lo conduce a enfatizar el papel del individuo en la historia y, cosa aún más importante para nosotros, a considerar cada existencia individual como una obra de arte. El otro motivo que me parece digno de resaltar es el de la infancia. Más cerca de Dickens que de Rousseau, Schwob no se pone nunca en el lugar del pedante o del pedagogo como sucede en *El Emilio*. Fiel a su herencia romántica, Schwob vuelve una y otra vez como un animal herido al espacio de la infancia y de los niños, ya sea en *La cruzada de los niños*, ya sea en *El libro de Monnelle*, a Schwob le interesa escuchar la voz del niño y recrearla; incluso en *Las vidas imaginarias* aparecerá en la infancia. Y no porque Schwob retrate la puericia o mocedad de sus personajes, pues tengan la edad que tengan, la voz del narrador que de ahí surge es la de un niño que no puede y no sabe ver en Aristóteles al gran filósofo sino sólo al anciano excéntrico que colecciona cacharros viejos de metal y de barro.

Entre la horca y la torre de marfil, entre las callejuelas sórdidas y los salones, entre los mercados de objetos robados y los museos y las casas de los anticuarios y de los coleccionistas, entre los archivos y los lugares mal afamados, Marcel Schwob fue el único francés con quien Robert Louis Stevenson intercambió cartas y supo guiar, ayudar y defender, cuando éstos eran unos perfectos desconocidos, a Paul Claudel, Francis Amest, Jules Renand y Paul Valéry. La obra de Schwob es una literatura culta a más no poder a ninguna otra obra —salvo quizás a la de Villiers de l'Isle-Adam— le convendría mejor aquello de “la torre de marfil” con su mezcla asombrosa de gracia imaginativa, erudición atrevida en terrenos poco



frecuentados por el saber formal, y todo esto no exento de su intuición taumatúrgica.

Los cuentos, ensayos y artículos de Schwob prueban que una literatura hecha con los materiales más reales no tiene que ser plana y carecer de relieves. Schwob no sólo dejó una obra literaria breve pero notable, fue sobre todo y ante todo un tecladista (por donde estaba pasando Guy de Maupassant) que renovó los géneros del cuento, el relato, el ensayo y aun el periodismo. Estaba altamente facultado para abrir con su obra singular un nuevo horizonte a la literatura y a la ficción.

Es conocida la admiración que Jorge Luis Borges le profesaba pero es menos advertida la influencia que pudo tener en el biógrafo inglés Lytton Strachey quien en sus *Eminent Victorians* (1918) y sus biografías en miniatura hace vibrar la simpatía con cierta irreverencia y sabe fundir la nitidez de la construcción, lo pintoresco de sus anécdotas y la elegancia refinada de la escritura en un solo plano. Schwob se encuentra de hecho en la gran corriente del retratismo clásico que viene desde Platón y Plutarco y alcanza a Saint-Simon y Voltaire. Ese linaje de las efigies, perfiles, semblanzas, retratos, viñetas, trazos, vidas mínimas y pequeñas biografías alcanza en Schwob un punto de consistencia y madurez, una documentada *vaguedad* de la que sabrán beneficiarse escritores como Jorge Luis Borges, J.R. Wilcock, Eliseo Diego, Arreola y el mencionado Lytton Strachey.

“Nuevos horizontes” es una divisa que conviene a la obra de este políglota y judío francés quien en su juventud se vio reprobado por la institución universitaria y sólo muchos años después pudo volver a ella a impartir una serie de conferencias deslumbrantes sobre su

Marcel Schwob no es un autor triste:  
como en la persona viva que fue, en sus ojos  
se enciende una y otra vez la alegría...

único y gran amor literario: François Villon. A esos cursos de La Sorbona en 1904 asistieron como alumnos Max Jacob, André Salmon, Pablo Picasso, Pierre Louys y Catherine Pozzi, entre otros. Autor de una obra breve pero memorable y renovadora como ninguna, sus libros más conocidos son: *La cruzada de los niños*, *Las vidas imaginarias*, *El libro de Monnelle*, *Mimos*, *El libro de la mía memoria*. Son menos conocidos sus ensayos y estudios sobre François Villon, El Argot Francés, George Me redith y Robert Louis Stevenson.

Marcel Schwob fue el primer lector francés y probablemente uno de los primeros lectores no ingleses de Stevenson. Una vez fallecido éste, quiso viajar hacia las lejanas islas de Samoa en peregrinación, para reconocer los lugares en que había vivido su admirado maestro (Stevenson es uno de los grandes redescubridores de ese continente llamado infancia). Durante el viaje Schwob se enfermó de pulmonía y tuvo que regresar de inmediato a Francia. En su diario los hermanos Goncourt escriben con admiración sobre Schwob pero también señalan con el dedo indiscreto de su tinta algunos rasgos o defectos de su persona: su cara de rata pálida rasurada, su gusto por las malas y bajas compañías, por las prostitutas más corrientes y sus amigos, padrinos o sostenedores (*souteneurs*), su extraordinaria memoria, su capacidad para traducir a Whitman directamente de viva voz y en público.

Quizás este gusto por las humanidades viles o envilecidas le venga a Schwob de una idea premoderna y pagana de la humanidad tal y como podría ser la que encarna François Villon y su poética de *la caída*. Y es precisamente *la poesía de la caída*, uno de los temas, profundamente románticos que alimentan la obra de Schwob y que lo hermanan con sensibilidades tan distintas y afines como pueden ser las de: Baudelaire, Nerval, Gourmont, Rachilde, Lorraine, Villiers de l'Isle-Adam, los propios hermanos Goncourt. El de *la caída* es uno de los temas mayores de la literatura y de la poesía en Europa y en Occidente y se podría decir que bajo diversas formas, el motivo conductor, el *leitmotiv* de la obra de Schwob es la imposibilidad, el castigo o la perversión de la inocencia, la guerra contra la pureza, son tema motivo con su acento trágico del cuerpo escrito de *La cruzada de los niños*, *Las vidas imaginarias*, *El corazón doble*. El interés de Marcel Schwob por el poeta —delincuente que fue François Villon— jugador, tramposo, convicto y confeso criminal, asimismo ladrón, estafador y remite a la fascinación —lenta y morosa como un trozo de lánguido jazz— por la vida en el margen, la palpitación en los sótanos, el temblor y el temor en el desierto o en el patíbulo, el estremecimiento de la decadencia en una antigüedad (no tan) remota. Este pregusto, gusto, o resabio de *la caída*, impregna también con su tinta melancólica y un tanto cuanto nihilista, las

siluetas bien cortadas de las inolvidables *Vidas imaginarias* (imaginarias por su exceso de realidad). Y con todo Marcel Schwob no es un autor triste: como en la persona viva que fue, en sus ojos se enciende una y otra vez la alegría, el entusiasmo, la chispa de la complicidad jovial: ... Schwob encarna como ninguno de sus contemporáneos el verso de Mallarmé:

¡Ay! la carne es triste  
y yo he leído todos los libros...

Pe ro también la paráfrasis que invierte dicho lema en otro:

La carne es dichosa,  
y de tanto leer libros  
¡es como si no hubiese leído ninguno!

Si tuviésemos que asignar una fecha al inicio de la caída de Schwob ¿habría que situarla en el momento en que en 1885 a los dieciocho años a la caserna en Vanves, al cumplir su servicio militar, una experiencia



Spicar Simson, Retrato de Schwob, s/f

Ma chère Maggie,

Je t'ai promis une lettre, eh la voilà. Comme j'espère vous voir bien, toi, toi et maman à Paris, et pour vous engager à venir, je vous envoie prêt à vos pieds un tableau enchanteur de la noce Froggy - Ormond. J'ai de l'engager à y assister.

D'abord il faut que tu saches que je pars dimanche de cette dernière et que j'aurai chanté chez tante Estelle. Les bonnet de Gustave sur l'air:

et qu'elle s'apprête vendredi  
Il est bon, il est bon, ça paraît espérer.

à chanter avec lui le duo de Jean-Salomé et à lui dire  
à sa guise et répondre: - Et Froggy répondra:  
Et faut que me raconte!

et ensuite, tu connais le duo. Voici le duo de Jean-Salomé et elle. Peut-être la jalousie.  
 - Maintenant, en attendant  
L'autre j'ai tout quitté, l'autre est ma mère!

La noce dont je suis la joie le tableau enchanteur tout-à-l'heure me  
je chante, pour la joie venir:  
 Comme la rose nouvelle, Marguerite me pleure.  
Vient!

Voici donc tout d'abord le portrait adorable le portrait dessiné de la mariée  
et d'une demoiselle d'honneur:  
avec celui de M<sup>me</sup> S<sup>te</sup> James:

Au moment où la noce s'avance,  
M<sup>me</sup> Longue-maine s'écroule, en  
voyant l'affluence d'invités:



Oh! le monde! (Ormond pour les aboussiés des Patrimoine)  
(prise de conserves à portinits enquis)

Carta de Marcel Schwob a su hermana Maggie

clave, que le permitirá conocer la vida crapulesca de los militares y legionarios?, ¿o será un poco más tarde cuando al regresar a la civilización —en aquella época, la Bretaña era un país desolado y por así decirlo se encontraba fuera de Francia— le toca comprobar que no logra aprobar sus estudios y que se le niega el acariciado diploma gracias, paradójicamente, a una calificación baja en francés y otra en historia que lo descalifican?, ¿o empieza la caída con la muerte de Stevenson?, ¿o durante el fatídico viaje a Samoa en 1902?, ¿o bien cuando co-

noce a su fugaz amiga Vise, la pequeña prostituta cuya experiencia nutrirá *El libro de Monnelle*?

Cuando Schwob muere el domingo 26 de febrero a la una treinta de la tarde, se va de la vida con los ojos abiertos, tan abiertos que luego será imposible cerrárselos para inhumarlo. Schwob, el autor de *palimpsestos* y *pentimentos* se nutre de fuentes muy variadas: de la Grecia tardía que anima a *Mimos* de la Edad Media que resucita en los monólogos de *La cruzada de los niños*, de la historia de Roma y de la Grecia clásica a la historia

## Aunque todos los libros de Marcel Schwob son esenciales, es muy difícil prescindir de su obra estricta y risueña.

Eu ropea que va de los siglos XV a XVIII de Italia, Francia, Portugal, España e Inglaterra, pero sobre todo de su propio tiempo del cual es testigo impasible y privilegiado y un animador tan sigiloso como eficaz. Si hubiese que estrechar el razonamiento para buscar un motivo esencial en la obra de Schwob habría que constatar que después de la preocupación por *la caída* se alza otra cuestión irreductible: la de la máscara y la identidad. Estos temas serán muy apreciados por la literatura simbolista. Si la historia con sus sangrientos fastos puede para ser un carnaval, una mascarada, las preguntas por el juego de la identidad —del pulso íntimo al antifaz— se imponen a quien se interroga por las relaciones entre apariencia y vida, imaginación y realidad, sinceridad y autenticidad. Esas preguntas no representan por supuesto en modo alguno la realidad de la literatura, de la poesía, pero las alimentan y de hecho son el tema mismo de la representación, de la viabilidad de la representación y de la función que ésta juega en ese paisaje. ¿Cómo representar el dolor? ¿Cómo la inocencia y la belleza? Tales parecen ser las preguntas obsesivas que se hace Schwob, el lector de Stevenson, de Defoe, de Meredith y de Villon. La respuesta sería: dándoles la voz a los propios personajes. *La cruzada de los niños* es acaso el ejemplo más limpio de este juego inspirado.

*La cruzada...* está tejida a partir de una serie de monólogos. Esa trama deslumbrante le fue inspirada a Marcel Schwob, con toda probabilidad por el poema extenso urdido por el inglés Robert Browning, *El Libro del Anillo*, saga dramática y novelesca que está construida en función de una serie de “monólogos dramáticos” cuya yuxtaposición o contradicción convocan la inteligencia del lector.

El chiste de Schwob está en la condensación y en la levedad de su trabajo. Tal es la más acabada lección literaria de este autor que sabe transformar en oro el vuelo y en pluma la caída, gracias a la pasión con que sabe vivir y “desvivirse” en las vidas de sus personajes.

Aunque todos los libros de Marcel Schwob son esenciales, es muy difícil prescindir de su obra estricta y risueña. Cabe sugerir la lectura de *Vidas imaginarias*, *La cruzada de los niños* y *El libro de Monelle*. Quizá cabría añadir la reunión de ensayos titulada *Espiciliego*. Ahí aparece el ensayo sobre la biografía que debió figurar al inicio de *Las vidas imaginarias*. La “fórmula” con

que escribe Schwob no sabría reducirse a la voluntad afanosa de un filólogo obtuso o de un arqueólogo chiflado. En uno de sus últimos escritos, *Il libro della mia memoria*, Schwob hace ver al lector la arrebatadora fuerza de la imaginación para un lector-escritor que espontáneamente llena los márgenes y las entrelíneas con su poderosa y acaudalada *phantasia*, una fantasía por decir objetiva e ineluctable que le permite inventar lo que mucho antes había estado ahí. Este mecanismo mental de la *phantasia* clásica está sostenida no sólo por un cabal saber filológico sino por un inquietante sentido de la historia de la lengua y la cultura.

En ese sentido Schwob sería un primo hermano de Jacob Burckhardt —ese historiador de la cultura del



Marguerite Moreno, esposa de Marcel Schwob, Londres, 1900



Retrato de Schwob por F. Vallotton, 1898

Je suis entièrement à la  
discretion de Marguerite  
Moreno et elle peut faire  
de moi ce qu'il lui plaît  
même me tuer.

Fait à Paris vingt trois  
septembre mil huit cent  
quatre-vingt quinze

Marcel Schwob

De Marcel Schwob a Marguerite Moreno

Renacimiento en Italia y de la cultura griega— cuyas eruditas exposiciones lo llevaban a resucitar subcontinentes íntegros de la civilización. Schwob por su parte no venía de la nada. Como se sabe descendía de una centenaria familia de rabinos y su tío por vía materna León Cahum era ni más ni menos el bibliotecario titular del Institut de France. Schwob pasó los últimos años de su infancia y toda su adolescencia a los pies de este erudito orientalista que había sido amigo de Théophile Gautier y de Théodore de Banville.

## II

Publicado en 1894, *El libro de Monnelle* es una obra inocente y maldita (sin razón) y ha tenido, al igual que otros libros de Schwob pero de una manera más subversiva, una influencia poderosa en la literatura moderna.

La forma misma en que está escrito *El libro de Monnelle* es subversiva. Mirados de cerca, su forma y formato corresponden, ni más ni menos, a los Evangelios.

El milagro de *Monnelle* no tardaría en repetirse y apenas unos años después en 1897, André Gide publica *Los alimentos terrestres*, que es en cierto modo una réplica o una estribación de la pobre *Monnelle* pasada por el fuego de *Así hablaba Zaratustra* de Nietzsche. De hecho se sabe que Schwob llegó a reclamar a Gide el pla-

gio y que éste, como buen ladrón pescado *infraganti*, lo negaría vehementemente.

Más allá de la progeñe involuntaria que puedan o no puedan ser *Los alimentos terrestres*, las hijas de *Monnelle* son numerosas: van desde la *Lolita* de Nabokov hasta *La inmaculada o los placeres de la inocencia* de Juan García Ponce, pasando para los cuadros periodísticos de Luis G. Urbina en *Psiquis enferma* o por las *Niñas terribles* de Rachilde, Gourmont, Jean Cocteau, Clarice Lispector o de Jean Rhys, personajes todos que merecen como *Los niños de la cruzada*, una muerte injusta pero poéticamente necesaria, como si Schwob hubiese presentado que, en el futuro que ya se adivinaba, la inocencia de la niñez no sería posible, como si Schwob, lector de Dickens, hubiese sabido hasta qué punto resultaba apremiante para la civilización documentar ese momento de la historia y de la cultura en que la niñez y la inocencia resultarían imposibles.

## III

Marcel Schwob murió con los ojos tan abiertos que fue imposible cerrárselos. Como su maestro Thomas de Quincey, que podía considerar el asesinato como una de las bellas artes; como su precursor Jonathan Swift que podía considerar al canibalismo una cuestión de higiene demográfica. Schwob sabía lo que se traían entre dientes las máquinas infernales del progreso. [1]